



APUNTES MEDITERRÁNEOS

Cristina Monge

La transición ecológica: una oportunidad para fortalecer la democracia

La transición ecológica nos sitúa ante uno de los grandes debates políticos de nuestro tiempo. No solo por la urgencia climática que se reafirma en cada nuevo informe científico o cada nueva vivencia de fenómenos extremos, sino porque implica repensar el modelo social, político y económico. *En La gran oportunidad: cómo acelerar la transición ecológica y fortalecer la democracia* (Tirant Lo Blanch) intento abordar este desafío desde una perspectiva política, algo que no siempre es considerado con la importancia que merece.

Durante años hemos acumulado conocimiento científico y tecnológico suficiente para afrontar el cambio climático, y todo indica que seguiremos ampliando estas líneas. El gran desafío, hoy, sin embargo, es de naturaleza política, de gobernanza, de determinar quiénes y de qué manera toman qué decisiones de forma que se consigan crear marcos de ganar – ganar y se puedan aplicar de forma efectiva.

Entender esto supone comprender que la transición ecológica implica redefinir nuestra relación con el planeta, replantear nuestro modelo económico y decidir qué tipo de sociedad queremos construir.

Diferentes caminos hacia un mismo objetivo

El cambio climático no es de izquierdas ni de derechas: simplemente es. Las olas de calor o los fenómenos meteorológicos extremos afectan a toda la población, aunque lo hacen de forma desigual según la renta o la vulnerabilidad social. En España, a diferencia de otros países europeos, la derecha no ha asumido plenamente la agenda ambiental. Esto ha contribuido a que el cambio climático se perciba como una cuestión ideológica, cuando en realidad se trata de un desafío que afecta al conjunto de la sociedad.



Lo que sí es diferente, y profundamente ideológico, es la manera de hacer frente a esta crisis. En torno al objetivo de alcanzar emisiones cero y garantizar la sostenibilidad ambiental coinciden paradigmas políticos muy distintos. Desde posiciones liberales y conservadoras se pone el acento en el papel de la tecnología y del mercado; la socialdemocracia habla de “transición justa” para enfatizar la necesidad de acompañar con criterios de justicia social a los sectores afectados por la transición, y otras familias de la izquierda plantean el debate sobre el decrecimiento y la necesidad de revisar la lógica del crecimiento económico.

El objetivo puede ser compartido, pero el camino para alcanzarlo refleja diferentes visiones sobre la economía, la sociedad y nuestra relación con el planeta. Estamos, sin duda, ante el que debería ser el gran debate político de nuestro tiempo. Propuestas no faltan, pero ¿ocupan el lugar que les corresponde en la conversación pública y el debate político?

Una transición que puede fortalecer o debilitar la democracia

Con este telón de fondo, surge una pregunta: ¿La crisis ambiental puede erosionar la democracia? Los estudios apuntan en una dirección: la crisis ambiental actúa como agravante de problemas previos, especialmente la desigualdad, la gran promesa democrática. A mayor desigualdad mayor vulnerabilidad, tensiones sociales y conflictos.

Si tenemos en cuenta que esta crisis ocurre en un momento de enorme desconfianza institucional, concluiremos que es el caldo de cultivo perfecto para agravar los descontentos, buscar chivos expiatorios para echarles la culpa y abanderar la antipolítica. El caldo de cultivo perfecto para quienes cuestionan los valores de convivencia democráticos y articulan discursos negacionistas.

Sin embargo, esto no tiene por qué ser así. Dependiendo de cómo gestionemos la transición ecológica, puede contribuir a reforzar la cohesión social y la equidad o, por el contrario, aumentar las brechas existentes.

Un ejemplo paradigmático es el movimiento de los chalecos amarillos en Francia. Surgió como reacción a una medida ambiental: la retirada de las exenciones fiscales al diésel. Para muchas personas, especialmente en zonas rurales o con menos recursos, esa medida se percibió como injusta.



Mientras quienes viven en grandes ciudades cuentan con mejor transporte público o pueden acceder a vehículos eléctricos, otros dependen del coche para su vida cotidiana.

Este episodio muestra con claridad que una transición ecológica que ignore la justicia social puede generar rechazo, aumentar la desigualdad y tensionar nuestras democracias.

Ciudadanía: más allá de los pequeños gestos

Existe una brecha evidente entre la preocupación social por el cambio climático y los cambios reales en la vida cotidiana. En parte, esto ocurre porque la transición ecológica implica transformaciones estructurales muy profundas.

A menudo hemos puesto demasiado énfasis en los pequeños gestos individuales. Apagar la luz o reciclar es positivo, pero la transición energética no consiste en eso. Se trata de transformar el sistema energético o cambiar el modelo de economía lineal a economía circular, algo que requiere tomar decisiones políticas, inversiones y cambios institucionales.

Como ciudadanía, podemos actuar en tres planos. En primer lugar, desde nuestra propia capacidad de acción profesional o social, tanto a nivel individual como asociándonos, dado que juntos y juntas seremos más fuertes. En segundo lugar, exigiendo responsabilidades a quienes sí tienen capacidad de decisión, ya sea a través del voto o de nuestras decisiones como consumidores. Y, en tercer lugar, algo fundamental: entender qué está ocurriendo realmente.

Cambiar el relato: no te sacrifiques por el futuro del planeta

El mantra de “tenemos que sacrificarnos para dejarle un mejor planeta a nuestros hijos” contiene varias inexactitudes y ha dejado de ser cierto, por tres motivos: En primer lugar, conviene aclarar que el principal problema no lo tiene el planeta, que posee una enorme capacidad de regeneración, sino los seres vivos que lo habitamos, humanos incluidos. Por otro lado, la crisis ambiental ya no es una crisis de futuro, sino de rabioso presente: lo ratifica cada nuevo informe científico y lo vivimos cada vez con más frecuencia. Finalmente, ¿de verdad la transición ecológica ha de ser un sacrificio?



Uno de los errores que hemos cometido quienes trabajamos en estos temas es presentar la transición ecológica como un sacrificio. Con frecuencia hablamos de lo que hay que dejar de hacer en lugar de explicar lo que podemos ganar.

La transición ecológica no es solo una respuesta a la crisis climática. También es una oportunidad para vivir mejor: ciudades más habitables, sistemas energéticos más limpios, una alimentación más saludable y una economía más justa.

No vale desanimarse, estamos ante un desafío político complejo

En ocasiones se puede pensar que la transición ecológica va lenta, desesperadamente lenta, y es cierto. Esto puede llevar al desánimo y a la parálisis, pero sería un error si así sucediera.

El cambio climático es lo que en sociología denominamos un “problema retorcido”: un desafío extremadamente complejo que no tiene soluciones simples ni definitivas y que implica a diversos actores. Cada intento de solución genera nuevos conflictos que deben abordarse. Por eso necesitamos procesos de deliberación colectiva en los que participen todos los actores sociales y contar con todos los conocimientos disponibles.

Este es el mensaje clave que quiero trasladar en La Gran Oportunidad: La evolución de las crisis ambientales no está escrita, depende de lo que hagamos. Y solo a través de decisiones compartidas podremos avanzar hacia una transición ecológica que además de proteger el planeta y a los que en él vivimos, fortalezca también nuestras democracias.